Oveja negra

Eric H. Undiano

Capítulo 1

Érase una vez un pastor, como yo, que vivía en las montañas.

En esta montaña, había un aprisco, un redil.

En este redil, había puestitos.

En cada uno de estos puestos había una oveja.

El pastor llevaba a sus animales a pastar todos los días. Las ovejas siguieron a su guía, se detuvieron a pastar y regresaron a la siguiente pradera de montaña.

Balando con una sola voz, la manada avanzó como un solo ser, en una procesión muy hermosa de ver.

En esta larga cinta blanca, los aldeanos de abajo podían distinguir un punto oscuro. Esa mancha oscura era una oveja diferente al resto.

Una oveja negra.

¿Cómo llegó allí esa oveja color carbón? Fue un misterio.

Durante una tormenta, una oveja cayó a un barranco. Al día siguiente al amanecer, en el establo dejado abierto, un establo amplio y luminoso, cerca de la puerta, el pastor había encontrado esta extraña oveja negra.

Habiendo perdido ya cinco ovejas, había aceptado al recién llegado sin hacer preguntas.

Durante los primeros días, la oveja negra había ignorado las miradas de reojo de las bestias y los hombres. Cuando la otra oveja la empujó con fuerza o la mordió en un intento de arrancarle el vellón oscuro, ella no respondió. Las siguió en silencio, comiendo lo que le quedaba, sin

quejarse, como para no agitar las hostilidades.

El pastor, avergonzado por los rumores de los aldeanos, molesto por esta mancha en su rebaño, decidió deshacerse de la intrusa. Arrastró a la negra a un pequeño bosque y la ató firmemente a un árbol. Caía la noche. Los lobos solo iban a comerla a mordiscos.

La oveja negra tomó esta nueva prueba con filosofía. Los hombres siempre reaccionaban de esta manera: intentaban eliminar a quien pensaban que era el eslabón débil.

Pero no sabían con quién estaban tratando. Mordió la cuerda hasta que se partió y encontró fácilmente el camino de regreso al redil.

Cuando llegó de regreso, su cómodo puesto ya estaba ocupado: allí se había instalado una oveja de ojos dorados. Era la oveja favorita del pastor.

Un animal vivo, hábil y astuto con el que no tenía sentido luchar. La oveja negra bajó la cabeza y se unió al establo libre: una caja húmeda en el rincón más oscuro.

A partir de ese día, las bestias toleraron la presencia de la oveja negra. Incluso acabaron reconociendo algunas cualidades en ella: perspicacia, escucha, discreción.

El pastor decidió quedarse con ella. Al superar la terrible experiencia, la novata había demostrado su valía. Los aldeanos no entendieron esta elección: esta oveja era un mal presagio, la desgracia iba a caer sobre el rebaño.

Como para confirmar esta predicción, los animales gradualmente se volvieron menos dóciles. Algunos se desviaron del camino y se mostraron reacios a seguir la ruta trazada por el pastor. Otros estaban peleando siempre.

¿De dónde vino esta rebelión? El pastor consultó a su consejero habitual, la oveja de ojos dorados, quien confirmó sus temores: desde la llegada de la oveja negra, el ánimo en general había seguido deteriorándose.

El pastor quiso dejarlo claro. La oveja negra pastaba a un lado cuando vio al hombre acercarse para interrogarlo:

- ¿Por qué mis animales cuestionan mi autoridad? ¿Eres responsable de esta conmoción?

La oveja negra suspiró. Aquí las cosas volvieron a empezar, una y otra

vez… Se defendió:

- ¡ No estoy aquí para nada! ¿Cuándo finalmente dejarán de usarme como chivo expiatorio? Sea honesto y admítalo: las tensiones ya estaban ahí antes de que yo llegara. Las aguanto como tú. Solo son chusmas y malas ovejas. Todos experimentamos algo así alguna vez. Dése cuenta.

- ¡Mientes!- gritó el pastor. -Mis ovejas siempre me han obedecido hasta ahora. El ambiente era bueno antes de que llegaras. ¡Eres la culpable, estoy seguro!-

La oveja negra puso los ojos en blanco. ¿Eran todos los hombres entonces tan ciegos?

- Pastor, escúchame: tu rebaño está podrido por dentro. El gusano está en la fruta. No lo sabes, parece, pero hay un lobo en el redil. Un lobo discreto, insospechado, perfectamente bien escondido. Un animal que se parece tanto a una oveja que te dejas llevar. Un depredador sin escrúpulos que abusa de tu confianza, mueve los hilos y elimina a los más débiles entre nosotros. ¿No has perdido ya, cuántas, cinco ovejas?-

El Pastor hizo a un lado estas palabras con el dorso de la mano.

¿Un lobo disfrazado de oveja? ¿O una oveja que se ha vuelto carnívora? ¿Un mutante? ¿Qué tal un zombi? ¡Esta oveja negra estaba delirando!

Durante los días siguientes, sin embargo, la duda se instaló en la mente del pastor como una podredumbre seca, insidiosa. Comenzó a sospechar, habló menos, observó a sus animales.

Una de ellas seguía saliendo encima, balando fuerte para exigir más forraje en su establo, hierba más gruesa, una carrera menos fatigosa ... ¿Será ella, la conspiradora?

Al caer la noche, el hombre se deslizó hacia el redil y caminó alrededor de los puestos. Los animales dormían tranquilamente.

Cuando llegó a la última caja, cerca de la puerta, un estallido de luz captó la mirada del pastor. Se inclinó sobre la oveja de ojos dorados.

De la boca entreabierta del animal salieron pequeños y afilados colmillos. ¡Era ella, la traidora! ¡Su favorita, su consejera!

Temblando de rabia y miedo, el pastor agarró una horquilla de la pared y ahuyentó al animal. Incluso lo lastimó encima de la nuca. Nunca se lo volvió a ver.

La paz regresó al rebaño. Cuando el pastor fijó el camino, las ovejas lo siguieron, tranquilas y dóciles.

Todas rozaban tranquilas la hierba que encontraron, sin disputa ni oposición.

La oveja negra encontró su cómodo puesto cerca de la puerta. Finalmente se convirtió en miembro de pleno derecho del grupo, una hembra apreciada por sus cualidades, valía y originalidad.

El pastor partió, entonces, en busca de una nueva bestia para completar su rebaño.

¿Oveja negra u oveja blanca? No le importaba. Los ojos, si, prestaría atención a los ojos claros. Como yo, que soy pastor, también lo hago.

¡Solo las alborotadoras con dientes afilados, solo ellas, quedarán excluidas!